

EL USO DEL ESPACIO LITORAL EN UNA COMARCA AGRICOLA: LA: EL CASO DEL VALLE DE ARIDANE EN LA PALMA

José-León García

El valle de Aridane, situado al SW de La Palma, entre la dorsal de la Cumbre Nueva y de la Cumbre Vieja y el barranco de las Angustias y el pico de Bejenao, ocupa menos de la quinta parte de la superficie de la Isla. No obstante, en la actualidad, reúne a más de la tercera parte de los habitantes de La Palma y concentra el 37 por ciento de la agricultura de regadío. Sus costas representan sólo el 13 por ciento del total insular (unos 120 Km.). A pesar de que sus aguas están a cubierto del oleaje que domina durante la mayor parte del año en Canarias, el que procede del NE, y que su riqueza piscícola en determinadas especies migratorias era conocida desde antaño, sin embargo, la actividad pesquera apenas se ha desarrollado en la zona, de modo que, según el padrón de habitantes de 1981, la población ocupada en este sector supone sólo el 2 por ciento de los activos de la comarca. Por tanto, las causas de la limitada explotación de este recurso se deben más a la historia económica del Valle -articulada en torno a la agricultura fundamentalmente- que a las dificultades del medio, aunque éstas también existan, como la carencia de radas o refugios naturales, subsanada hace escasos años con la construcción de un pequeño refugio pesquero en el Puerto de Tazacorte, o la práctica inexistencia de plataforma continental de la Isla.

I. LOS RASGOS DEL LITORAL DE LA COMARCA

Las costas del valle de Aridane tienen un conjunto de característica que las asemejan a las del resto de la isla de La Palma e incluso a las de las Canarias occidentales. La Isla se presenta al océano como una enorme muralla, resultado de milenios de lucha entre el mar, que erosiona y hace retroceder el litoral, y los volcanes, que construyen el territorio. A su pie, en algunos lugares se sitúan los extremos de las coladas más recientes, que derramando por el acantilado, han conseguido alejar la línea de costa unos pocos cientos de metros y construir sobre la plataforma costera pequeñas terrazas, que aún no han sido arrasadas. Son las llamadas *islas bajas*, áreas de espacio limitado, pero de una gran importancia económica en el Archipiélago por su uso agrario. Este hecho da lugar en el Valle a la existencia de dos tipos de costa y de un acantilado muerto. La costa es alta y cantilada en los puntos del litoral que no se han visto afectados por las lavas históricas, o recientes en términos geológicos; y es baja y menos rectilínea que la anterior en las zonas en que éstas han alcanzado el mar.

I.1. La costa alta y acantilada

Este tipo de costa se extiende desde la punta de Juan Grajo, en El Puerto de Tzacorte, hasta la punta de la Lava, en las Hoyas, exceptuando los dos «boquetes» que forman las desembocaduras de los barrancos de Las Angustias y de Tenisca. En estos puntos la costa se hace baja por un momento y forma pequeñas playas de gravas y cantos de diversos tamaños, puesto que la mayor parte del material que aportan sus frecuentes avenidas invernales es sustraído por el oleaje, y puesto en circulación por la corriente costera dominante en este sector de la Isla, de dirección norte-sur, termina depositándose en las diferentes radas, tras los salientes litorales que se sitúan más al sur o forma auténticos bancos de arena, conocidos desde antaño por los pescadores de la zona, en aguas cercanas al litoral. Entre ambas desembocaduras, separadas por poco más de un centenar de metros, se sitúa el espigón que forma al caer sobre la playa la punta de Argual. A su pie, y hasta la línea de aguas, sólo queda el reducido espacio de la carretera de Tzacorte a El Puerto, que las olas invaden los días de temporal. Este espigón constituye en su extremo final un acantilado de más de 100 m. de altura, que es completamente diferente del que nos encontramos en todo el resto de la costa occidental de La Palma, al menos en su composición, puesto

que está formado por materiales sedimentarios relacionados con las génesis de la caldera de Taburiente y del valle de Aridane. Estos sedimentos antiguos, tipo terraza de Las Palmas, según el volcanólogo Carracedo, se observan también en grueso paquete por la margen derecha del barranco de Las Angustias y superficialmente en buena parte del NW del valle. Se trata de materiales variados en su conjunto, tanto por su composición como por su textura, pero que muestran con claridad distintas facies que han debido corresponder a periodos de características climáticas y morfogenéticas diferenciados entre sí.

A partir de la desembocadura del barranco de Tenisca, y hasta la Playa del Volcán o Playa Nueva, la costa es alta y rectilínea. La Isla cae bruscamente sobre el mar desde unos 30 o 40 m. en El Tarajal, hasta unos 80 o 100 m. en Las Hoyas. El progresivo aumento en altura del acantilado en dirección Sur se debe a la orientación general de la costa (NNW-SSE) y a la morfología de esta zona de La Palma. El valle de Aridane es un plano que se inclina desde la línea de la cumbre al Este de la comarca, hasta el mar (Oeste). El acantilado costero corta esta superficie en suave diagonal hacia el Sur, por lo que la cima de ésta se encuentra con curvas de nivel de cotas cada vez más altas. Este acantilado se prolonga desde Las Hoyas hasta prácticamente la punta de Fuencaliente a pocos cientos de metros del litoral. En el extremo meridional de la isla acaba formando un todo indiferenciado con la dorsal que la recorre de norte a sur.

En todo el tramo de costa alta –unos 5 Km.– la línea de contacto de las aguas se establece ya directamente contra el farallón, como el caso de El Roque, en las cercanías de los Tarajalés, ya por mediación de estrechas playas, constituidas por materiales de aluvión aportados sobre todo por el barranco de Las Angustias, o por derrubios del acantilado al ser socabados enormes paquetes de lavas superpuestas por la erosión marina. Este fenómeno se ve facilitado por la estructura columnar que adquieren las coladas (predominantemente basálticas) en ciertos lugares. Se trata de una costa poco utilizada por los bañistas en verano, no sólo por la mala calidad de sus playas, que son auténticos «pedrales», sino por el peligro casi continuo que suponen los desplomes, y sus difíciles accesos. Sólo al norte del pequeño saliente de El Roque se formaba una pequeña playa de arena negra con anterioridad a la construcción del refugio pesquero de Tazacorte. Era la playa de los veraneantes de Tazacorte que alineaban sus casetas en el litoral comprendido entre El Puerto y El Roque. Actualmente la pequeña playa de El Roque ha quedado en el interior del refugio y, cortada su fuente de aprovisionamiento de arena por el dique de abrigo, se ha convertido en gran parte en una aglomeración de cantos y bloques redondeados. Las obras del muelle pesquero

han impedido la instalación de las tradicionales casetas de verano en casi todo el litoral durante varios años. Sin embargo, una vez que aquéllas han concluido, no han vuelto a instalarse en las zonas no afectadas por el refugio. Durante este espacio de tiempo el emplazamiento de estos remedos de apartamento se ha desplazado hacia el sur y así han aparecido en lugares como la Playa del Volcán o la Playa Nueva de Tazacorte. Esta última es en realidad un depósito de derrubios situado bajo el acantilado, inmediatamente al sur del refugio pesquero, que ha sido explanado en parte para el paso de una conducción de agua. Este pequeño rellano, cuyo acceso es una empinada escalera que escala el farallón, ha sido aprovechado para la instalación permanente de más de una cincuenta de casetas, levantadas de su asentamiento anterior en el litoral de El Puerto. Este rellano, que el oleaje desgasta por su base, está a unos 15 m. sobre el nivel del mar, y el descenso hasta su orilla no es nada cómodo, lo que indica que los bañistas que frecuentan esta playa durante el verano son más bien pocos, lo cual es lógico ya que ésta es un «pedregal».

La génesis del notable acantilado que forma la costa occidental de La Palma hay que buscarla en la erosión marina, que en los terrenos volcánicos es muy intensa. Ejemplos de este tipo de relieve existen en todas las islas de este origen. Son muy espectaculares los que aparecen en las restantes islas del archipiélago canario y en Madeira. El mar se va «tragando» los edificios insulares, cuando la actividad constructiva de los volcanes cesa o se interrumpe en un determinado periodo.

Sin embargo, en el caso del acantilado occidental de La Palma tampoco hay que descartar la posibilidad de que haya intervenido otro factor de formación, como sería el levantamiento o elevación de todo o parte del edificio insular. En zonas próximas existen huellas evidentes de éste fenómeno, como son las numerosas *lavas almohadilladas o pillow lavas* que se localizan en la caldera de Taburiente. Algunos de estos materiales de emisión submarina se encuentran en la actualidad a más de 500 m. de altura sobre el nivel del mar. Pero en el acantilado costero no se han encontrado hasta ahora señales de esa elevación de los materiales, como playas levantadas o fósiles. En todo caso, queda claro que el levantamiento, de haber existido, tuvo que haber sido anterior a las erupciones subrecientes que han construido toda la *isla baja* que se extiende desde Las Hoyas hasta El Remo, puesto que en ésta no parece haber ninguna huella de elevación. Por otra parte, también resulta lógico pensar que la génesis de este acantilado, como de todos los demás que se localizan en las otras islas del Archipiélago en los sectores occidentales de las mismas, se relacionan con condiciones climáticas diferentes de las

que imperan en este momento, puesto que los vientos alisios hacen que el oleaje predominante en Canarias sea del primer cuadrante, y las costas abiertas a este sector son las más afectadas por la erosión marina en la actualidad. En cambio, los acantilados occidentales de las islas implican en su formación la existencia de unos vientos dominantes de componente Oeste.

El acantilado palmero aparece constituido por infinidad de capas de lava superpuestas que forman una *tongada*. Entre las coladas de basalto se sitúa capas de suelo fósil que hablan del transcurso de períodos amplios de tiempo de una erupción a otra, y también mantos de piroclastos, que reflejan el carácter de volcanismo que dió lugar a esta zona de La Palma. No se observan diques a lo largo de este impresionante murallón, lo que indica que los centros de emisión que lo han construido se encontraban más al interior de la isla.

Las capas de lava buzan suavemente hacia el mar en este primer tramo analizado de la costa del valle de Aridane. Por tanto es probable que el edificio insular se prolongase en el pasado algunos Kms. más hacia el Oeste que en la actualidad. Huellas de esta prolongación anterior son una serie de islotes que se localizan en las cercanías del litoral, como los llamados Roques de Las Hermaas y de Las Gabaseras. En todo este conjunto no aparecen las coladas recientes ni subrecientes que oculten el apilamiento de capas de lava anteriores, como ocurre más al Sur, donde los mantos de lava históricos o subhistóricos cubren el murallón y suavizan su perfil.

1.2. La costa baja

La costa del Valle se hace baja y ondulada desde la Playa del Volcán o de Los Guirres, en el término municipal de Tazacorte hasta El Remo, donde se sitúa el límite sur de la comarca. Se trata de una estrecha franja de *malpais* que constituyen una *isla baja* al pie del antiguo acantilado. Las erupciones volcánicas más recientes que se han producido en la Isla –entre ellas la de 1949– han derramado sus coladas sobre la pequeña plataforma submarina de esta zona de La Palma y han dado lugar a lo que podríamos llamar una *terracea volcánica*, y que en la actualidad tiene una notable importancia económica. Además del volcán de San Juan, cuyas lavas se adentraron en el mar casi 2 Km., formando la punta de Las Hoyas o de La Lava, han contribuido a la formación de esta *terracea* las erupciones hitóricas de Tihuya (1585) y de El Charco (1712) y varias erupciones recientes en términos geológicos. Se trata, por tanto, de los terrenos más jóvenes de la Isla.

La línea de aguas ofrecen a lo largo de esta costa un dibujo ondulado que contrasta claramente con el descrito para el acantilado. Este hecho está relacionado tanto con el tipo de materiales que forman estas coladas, como con la dinámica de las mismas hasta su asentamiento definitivo sobre el hecho litoral o submarino preexistente. El mar penetra un poco en la costa, formando pequeñas calas, que en algunos casos acaban en playas de arenas negras o gravas. Son los lugares más utilizados por los bañistas y en ellos se asientan las «urbanizaciones» de chabolas para el veraneo de las clases populares. Por otra parte, es la zona más rica en especies neríticas de toda la costa. Este litoral está festoneado de salientes que se adentran en el mar, sobre los que rompen las olas, y constituyen los restos de las coladas que han avanzado más o son las porciones de lava que han resistido el ataque de la erosión. Todo este conjunto está erizado de penazcos y bajas que dan gran belleza al litoral, pero que hacen peligrosa la navegación cercana a la costa.

En los lugares en los que el manto de lava alcanzó una cierta altura en su frente, se han comenzado a formar pequeños acantilados, debido a la estructura, *grosso modo* columnar, que adquiere la colada de basalto al aumentar su espesor. El sistema de diaclasas y fracturas que se originan en su enfriamiento facilita el ataque del oleaje. De este modo, la costa va retrocediendo y su trazado se va haciendo ligeramente menos ondulado. Es un «trabajo» lento a los ojos humanos, pero que en el reloj de la geología adquiere una velocidad vertiginosa: estas coladas ofrecen escasa resistencia al oleaje; por ello la erosión es aquí mucho más intensa que en los acantilados.

En el tramo de costa baja se encuentran las playas más importantes del valle de Aridane, e incluso de toda la Isla, como son las de Puerto de Naos, El Charco Verde, La Bombilla, Playa del Volcán, etc. Las dos últimas se han formado después de la erupción de 1949. El adentramiento de las coladas en el mar dió lugar a la pequeña cala de la Bombilla que pronto se colmató de gravas y arena y al saliente o punta de Las Lavas o de Las Hoyas. Tras este saliente de varios cientos de metros, de dirección este-oeste, se formó en pocos años una playa de más de 1 Km. de largo de finas arenas negras. Desde los años sesenta la apertura de una pista desde la zona conocida con el nombre de Los Guirres a través del acantilado facilitó el acceso a la misma de los camiones y palas mecánicas, que comenzaron a extraer arena y grava para la construcción, primeramente en el Valle y después en toda la Isla. Este expolio se mantuvo por espacio de unos veinte años y durante este periodo, el de mayor fiebre de la construcción que ha conocido La Palma, los materiales solicitados no se han agotado, aunque la superficie de la playa era modesta.

Este hecho se debe a que una buena parte de los aluviones que el barranco de Las Angustias arroja al mar acaba depositándolos la corriente costera de este sector de la Isla en la Playa Nueva. Una prueba de la intensidad de estos depósitos está en el hecho de que la playa, muy deteriorada por las continuas extracciones de material, se rehizo en muy pocos años, una vez que éstas fueron prohibidas por el Ayuntamiento de Tzacorte. Con ello se ha conquistado una playa para el ocio, pero se ha planteado un problema a la Isla, el del abastecimiento de arena y grava para la construcción. Éste sólo en parte se ha resuelto con la instalación de algunas plantas de trituración de áridos y con las extracciones de aluviones en ciertos barrancos o valles como el de Las Cuevas en El Paso.

1.3. La segunda línea de costas

Las erupciones recientes y subrecientes que han derramado sus lavas por esta vertiente de la Isla alcanzando el mar han hecho retroceder la línea del litoral desde el acantilado al límite de la *terrazza costera o isla baja* que se extiende desde la punta de Las Hoyas hasta El Remo. Este desplazamiento hacia el oeste de la línea de aguas ha hecho que el antiguo farallón de este sector del Valle se haya convertido en un *acantilado muerto*, dando lugar a la existencia de una segunda línea de costa.

Desde el pago de El Remo hasta El Banco de Fuencaliente el acantilado vuelve a ser funcional, cayendo nuevamente sobre el mar. Las terrazas costeras desaparecen para iniciarse más al Sur, cerca de la punta de Fuencaliente, pero ya fuera del ámbito del valle de Aridane.

El acantilado muerto gana en altura en dirección sur. Por tanto, la *tongadã* de lavas se va haciendo cada vez más espesa. La mayor proximidad a los centros de emisión de la isla se detecta por la presencia de algunos diques vigorosos que atraviesan todo el conjunto y también de restos de conos de piroclastos. Las capas de basalto adquieren en algunos lugares una potencia extraordinaria (15-20 m. de espesor) y los *almagres* se hacen mucho más escasos que el primer sector del acantilado analizado. El *risco* es casi homogéneamente negro, grisáceo por el predominio neto del basalto en su composición. De todos modos, existen también señales de emisiones ácidas en este acantilado. Tienen una localización puntual y se distinguen por su coloración clara, casi blanquecina, que destaca entre los restantes materiales negros. De norte a sur se localizan los siguientes afloramientos de este tipo de rocas, que por otra parte, son muy similares a las que aparecen en el Roque de Teneguía en Fuencaliente: Risco Blanco de Puerto de Naos, Risco Blanco de El Charco Verde, Cresta de Gallo y Topo de la Florida. Destacan todos

ellos en el relieve cortado a pico del acantilado por la mayor dureza de sus materiales y por la disposición en forma de *roque o pitón*, que señalan otros tantos puntos de emisión.

La verticalidad del farallón se rompe en los lugares por los que han derramado las lavas recientes y subrecientes, que ocultan la estructura en *tongada* de aquel. Las coladas al precipitarse hacia el mar han formado laderas de *malpaises*, que aún no han sido colonizadas por la vegetación ni erosionadas por las aguas pluviales. Pero en otros sectores del acantilado, los continuos desplomes de paquetes enteros de lavas han acabado modificando también el perfil del mismo, al asentarse los materiales formando depósitos longitudinales de derrubios, en los cuales los fragmentos se ordenan por gravedad desde los más finos de la parte superior a los grandes bloques de las proximidades de la base de la ladera. Son los llamados *rodaderos*, en los que con frecuencia hay desprendimientos, lo cual imposibilita el agarre de la vegetación.

El buzamiento de las capas del paquete que forma el acantilado se hace mayor en dirección al sur, ya que los centros de emisión de materiales, situados a gran altura (la dorsal de La Palma sobrepasa en esta zona los 1.800 m. de altura) se encuentran cada vez más cerca de la costa, a causa del progresivo estrechamiento de la Isla hacia la punta de Fuencaliente. El enorme desnivel existente acentúa los desprendimientos en el sector del acantilado que se sitúa al sur de El Remo, el cual recibe el gráfico topónimo de Los Rodaderos de Fuencaliente o Los Andenes. En este lugar la ladera va desde la cumbre hasta el mar. En poco más de 3 Km. se salva un desnivel de casi 1.400 m.. La pendiente es, por tanto, muy pronunciada. El hecho ha influido en que hasta ahora no se haya construido una carretera para unir la importante zona platanera de la costa de Fuencaliente con las de El Remo, El Charco Verde y Las Hoyas.

La playa de Puerto de Naos se ha construido en una pequeña bahía de poco más de 1 Km., limitada por los salientes de lavas de Las Hoyas y El Charco Verde. Ésta se ha visto colmatada no sólo por las arenas y gravas de origen marino, sino también por los aluviones aportados por los barrancos de Tamanca y de Los Hombres, que desembocan conjuntamente sobre el acantilado en catarata. Los efectos de ésta se aprecian en el farallón, que ha sido erosionado de arriba a abajo por las aguas y en su cima. Es el depósito de aluviones más notables de los que se conservan en esta zona de la costa, aunque también existen otros más al sur, los cuales tapizan en algunos lugares los *malpaises*. En esta vertiente de la Isla los cursos episódicos de agua están muy marcados e inciden profundamente en el terreno al norte del casco de Tazacorte. Hacia el sur,

en La Palma joven, la red hidrográfica está aún poco marcada, tiene un notable grado de desorganización y apenas incide en el relieve. Por ello los pequeños barranqueros y torrenteras que cruzan el Valle de este a oeste desembocan colgados sobre el acantilado, porque su caudal y su juventud no han posibilitado acercarse más al nivel de base. Por otra parte, también hay que tener en cuenta que ésta es la zona más árida de La Palma.

I.4. La vegetación

La vegetación natural del acantilado no difiere sustancialmente de la que se sitúa en toda la zona de costa del valle de Aridane. Sin embargo, predominan las especies que soportan mejor la aridez, la pobreza de los suelos y el aerosol marino (*maresía*), y existen algunas especies rupícolas. El poblamiento vegetal varía de modo apreciable de unos sectores a otros y, en general, está muy condicionado por el roquedo y la acción del hombre. De todos modos, existe una menor densidad de individuos botánicos en este acantilado que en las zonas de costa próximas, si exceptuamos la mayor parte de la *isla baja*, que al estar constituida por *malpais*, apenas si tiene vegetación. Algo similar ocurre en las laderas que han formado las erupciones recientes y subrecientes al derramar sobre el farallón, en los *rodaderos* y en las capas gruesas de basaltos. Pero en los puntos en los que las condiciones edáficas son más favorables, la vegetación se ha visto notablemente modificada por la acción del pastoreo y por las infiltraciones que proceden del regadío, el cual llega al borde mismo del acantilado; incluso, en ocasiones, las aguas sobrantes del riego se vierten a aquél.

Este acantilado ha sido el último reducto de pastoreo de la zona baja de valle de Aridane, en un periodo en que la agricultura de regadío ha ido ocupando sus antiguos dominios, la franja de costa situada inmediatamente detrás del farallón y la *terrazza* costera. El sobrepastoreo que ha afectado, por ejemplo, a los riscos de El Remo ha acabado reduciendo extraordinariamente las especies, y no sólo las que eran apetecibles al ganado caprino, ya que la erosión originada directa o indirectamente por los animales ha destruido también mucha vegetación.

El aumento de la humedad en algunos puntos del farallón, a causa del regadío, ha beneficiado sobre todo a las especies más higrófilas, como la vinagrera (*Rumex lunaria*). Así, en el sector de costa comprendido entre El Perdido y Taparratana, la pared del acantilado queda oculta en varios puntos por franjas de vinagreras que la cubren de arriba a

abajo. Tanto estos enclaves, como los originados por las acequias que atraviesan el acantilado, han dado lugar a biotopos húmedos que cobijan una serie de especies de la flora y de la fauna de la Isla, las cuales eran antaño ajenas al farallón.

Las plantas que predominan en todo el conjunto son las arbustivas de carácter xerófilo, aunque también existe el estrato herbáceo, en los lugares que reúnen mejores condiciones edáficas; éste es de carácter estacional y aparece sólo si las precipitaciones del invierno son suficientes. Por otra parte, las plantas que integran este estrato no difieren florísticamente de las que aparecen en otros lugares de la zona costera ajenos al farallón.

Aparte de la vinagrera, que se localiza sobre todo en los mantos de escorias más edafizados, y rara vez forma comunidades, salvo en los casos descritos anteriormente, aparece la tabaiba dulce (*Euphorbia balsamifera*) en enclaves muy concretos, localizados fuera de los espacios afectados por las coladas recientes y subrecientes. Por ser esta parte de la Isla muy joven, en términos geológicos, esta especie no es frecuente en la costa del Valle, si exceptuamos las laderas de la punta de Argual que miran a Tzacorte. Otro tanto puede decirse de los cardones (*Euphorbia canariensis*). En cambio, son mucho más abundantes las «higuerillas» o tabaibas amargas (*Euphorbia regis-jubae*), que dan lugar a formaciones continuas en ciertos sectores de los depósitos de la ladera, los salados (*Schizogyne sericea*), aunque estos últimos se han visto muy afectados por el pastoreo, y las retamas (*Retama monosperma*).

Otras especies que aparecen mezcladas con las anteriores son el tsaigo o tadaido (*Rubia fruticosa*), el balo (*Messerschmidia fruticosa*), el verode (*Keinia nerifolia*), la salvia (*Salvia canariensis*), la charamusca o yerba del risco (*Lavandula canariensis*), el «espárrago» (*Asparagus umbellatus*), ciertos tajinastes (*Echium*) y margaritas (*Argyranthemum*).

Una planta que ha proliferado extraordinariamente en las últimas décadas es el «bobo» o tabaco moro (*Nicotinia glauca*), tal vez porque los medios apropiados para su óptimo desarrollo, los terrenos removidos, se han multiplicado con las sorribas destinadas al plátano. Es una especie que en algunos lugares alcanzan un porte subarbóreo.

1.5. La erosión marina en las costas.

La costa occidental de La Palma es una costa abrigada de los alisios, vientos del primer cuadrante que predominan en Canarias a lo largo del año. Por tanto, se trata de una *zona de calmas*, similar a las que existen

en otras islas del Archipiélago con relieve elevado. Este hecho tiene su influencia en el clima de la comarca; en los días de *brisa* (nombre local de los vientos del NE), los cielos permanecen despejados y el mar en calma, mientras el alisio derrama su interminable cascada de nubes en el valle de Las Cuevas a través del portillo de la Cumbre Vieja. La relativa frecuencia de este tipo de tiempo a lo largo del año es la responsable de que Tzacorte, situado en la costa, tenga uno de los índices de insolación más altos de Canarias. Por otra parte, los alisios tienen componente este en el valle de Aridane, debido a la configuración orográfica de La Palma, por lo que en las costas soplan de tierra a mar, lo que aminora el oleaje. Pero a causa de la elevación de la dorsal de la Cumbre Nueva, los alisios sólo se dejan sentir en el oeste de la Isla cuando adquieren una gran potencia y su masa de aire un notable espesor. Entonces el alisio, frenado por el relieve insular, desborda por el sector más bajo de la dorsal, se acelera al caer sobre el plano inclinado que constituye el valle de Aridane, aumentando su temperatura y alejándose de su punto de saturación. Estas situaciones se producen con cierta frecuencia y sus efectos se dejan sentir sobre los cultivos. El viento atraviesa la Isla y se «embarca»; como consecuencia de ello el mar se riza y el oleaje adquiere una dirección contraria a la costa.

Sin embargo, no todo el año sopla el alisio y, por otra parte, el mar que baña la costa oeste de La Palma está abierto al Atlántico, por lo cual se ve afectado muchas veces por fenómenos meteorológicos que ocurren a muchos Kms. de distancia de la Isla. Además, debido a la localización subtropical del Archipiélago, en el límite sur de la zona templada, hasta Canarias llegan no sólo perturbaciones del frente polar, sino también de la zona tropical, aunque éstas sean las menos frecuentes. Ambos tipos de perturbaciones tienen repercusiones importantes sobre el comportamiento del oleaje. Los temporales del Atlántico, entre los cuales se encuentran los llamados *temporales de Canarias*, suelen caracterizarse por la fuerza de sus vientos y la altitud de sus olas. Se producen en invierno y, aunque su frecuencia media no es porcentualmente elevada, sus consecuencias son muy importantes tanto para el litoral como para los cultivos próximos al mismo y la actividad pesquera. Antes de la construcción del muelle de abrigo de El Puerto de Tzacorte, la pequeña flota de esta vertiente de la Isla tenía que ser barada o bordear la Isla para refugiarse en el Puerto de Santa Cruz de La Palma. Ésta ha sido una de las causas que ha bloqueado el desarrollo pesquero de la comarca del Valle, aunque no sea, tal vez, la más importante.

La dinámica marina afecta al litoral de modo diferente en función de la naturaleza del roquedo, su orientación concreta y la fuerza del

oleaje. Sin embargo, en líneas generales, se puede establecer dos ámbitos en el trabajo de la erosión, los mismos que hemos distinguido en la costa: el ámbito de la costa baja y el ámbito de la costa acantilada.

En la *costa acantilada* la erosión marina directa es poco visible al ojo humano. El efecto del oleaje en el farallón no se aprecia en la práctica, ya que en la mayor parte de sus puntos está separado de la línea litoral por una estrecha playa o pequeña plataforma de abrasión. El fenómeno que se aprecia con más nitidez, incluso para la vista del observador más profano, es el de los frecuentes desplomes que ocurren en algunos sectores; parte de los derrubios son retirados por la marejada, sobre todo en los días de temporal del Oeste.

Sin embargo, la existencia de ese enorme acantilado en toda la vertiente occidental de La Palma, así como de pequeños islotes cercanos al litoral, indican un intenso trabajo erosivo que ha hecho retroceder la línea de costa a lo largo de milenios. Esta gigantesca pared es el resultado del ametrallamiento de la base del acantilado mediante las gravas marinas y los propios derrubios, lo que provoca el socabamiento de todo un paquete de coladas que acaban por desplomarse. La verticalidad del acantilado se debe a su estructura en capas, y su trazado relativamente rectilíneo se relaciona con la dirección del oleaje dominante en climas anteriores al actual y con la distribución del roquedo, lo que hace que su resistencia a la erosión sea bastante uniforme. Sólo destacan en este mullón por la mayor dureza de sus materiales una serie de *roques*, como Risco Blanco de Puerto de Naos y de El Charco Verde, el Topo de la Florida, etc., los cuales se sitúan en el acantilado muerto.

Los procesos erosivos adquieren una entidad mucho mayor en el ámbito de la *costa baja*, incluso para la vida efímera en términos geológicos, de un observador humano. La erosión es máxima en la zona ganada al mar por las lavas del volcán de San Juan de 1949, en la cual se aprecia claramente como muchos sectores del litoral se modifican cada invierno.

La disposición quebrada de la línea litoral, llena de entrantes y salientes, proporciona una resistencia desigual en todos sus puntos al ataque del oleaje. Éste afecta más a los salientes que a las pequeñas calas, por lo que la erosión tiende a homogeneizar la costa. Los basaltos característicos de estas *terrazas* costeras están enormemente diaclasados, incluso en los lugares en los que el manto de lava es más grueso; en estos sectores la colada adquiere una estructura columnar que facilita el socabamiento por su base. Por otra parte, el asentamiento de las coladas recientes y subrecientes sobre antiguas plataformas de abrasión es otro factor que potencia la erosión, ya que éstas se han situado en mares poco profundos, por lo que el oleaje les afecta desde sus mismos cimientos.

Por todas estas razones la erosión marina es más intensa en la costa baja que en la acantilada, con lo cual el litoral retrocede a una velocidad elevada en términos geológicos en la *islas bajas*. De la mayoría de los canarios es familiar este tipo de litoral erizado de salientes y arrecifes contra los que rompe continuamente el oleaje en una cinta de espuma; ésta parece señalar con nitidez el límite de las islas, que separa e incommunica el mar, y es la imagen viva de la lucha entre la fuerza constructora de los volcanes y la destructiva de las olas.

1.6. La plataforma costera.

Las Islas Canarias son enormes peñascos, que emergen desde profundidades medias importantes por la acumulación de materiales de sucesivas erupciones. Su origen volcánico y su génesis individualizada y diacrónica tienen múltiples consecuencias para los edificios insulares y para sus márgenes, las costas.

La localización de las áreas de emisión de los materiales en puntos bastantes cercanos es la responsable del relieve elevado que aparece en las islas. El emplazamiento de la actividad eruptiva en determinados focos o a lo largo de fisuras hace que, en términos generales, las curvas de nivel se concentren en haces que bordean espacios reducidos. Por ello, los terrenos llanos son muy escasos y la pendiente sólo se llega a suavizar por la actuación prolongada de la erosión, cuando cesa o se aminora mucho la actividad volcánica, como ha ocurrido en Lanzarote y Fuerteventura.

Las mismas o similares consideraciones pueden hacerse sobre el relieve sumergido de las islas, que escapa a la observación visual directa. Y los análisis batimétricos lo confirman plenamente: desde el litoral, en muchos casos, o desde sus cercanías, en otros, las isóbatas, muy próximas unas de otras, nos sitúan enseguida a grandes profundidades a poco que nos alejemos de la costa. Sólo en algunos lugares la inclinación de la zona sublitoral es menos rápida. Por todo ello se dice que las islas Canarias carecen de plataforma continental, lo cual es cierto para largos sectores de sus costas. Este hecho ha tenido y tiene importantes y variadas repercusiones, que van desde la escasez de la pesca hasta el encarecimiento de la construcción de muelles e instalaciones portuarias.

Sin embargo, en el caso concreto de la costa palmera que estamos analizando existen razones suficientes para pensar de inmediato en la presencia de una modesta plataforma continental. En primer lugar hay un acantilado de enormes proporciones y numerosos islotes o *bajas* en

las cercanías de la costa que indican el retroceso del litoral a lo largo de milenios; en segundo lugar, el suave buzamiento hacia el oeste de los mantos de lava que procedían de los centros de emisión del interior de la isla señala la antigua prolongación de la isla en dirección a occidente; y en tercer lugar, la construcción de las *terrazas* costeras al pie de los acantilados se ve facilitada por la presencia de una plataforma de abrasión, situada a una cierta profundidad debido a los cambios de nivel cuaternario de las aguas marinas.

Si observamos la cartografía del Ejército a escala 1:50.000, comprobaremos que esta pequeña plataforma continental existe a lo largo de toda la costa occidental de La Palma y que alcanza su anchura máxima frente a la punta de Juan Grajo, en El Puerto de Tazacorte; es decir, justamente donde el acantilado tiene su mayor altura (casi 300 m.), porque el litoral ha retrocedido más que en otros lugares, si descartamos la hipótesis de una posible elevación de la isla. En este sector del norte del valle de Aridane la isóbata de los 100 m. se localiza a unos 2,5 kms. del a costa; esta zona sublitoral, situada frente a la desembocadura del barranco de Las Angustias, tiene abundantes depósitos de arenas y gravas, según las informaciones de los pescadores de la comarca. Pero, a partir de la curva de nivel señalada, la pendiente del fondo marino aumenta de manera mucho más rápida, ya que la isóbata de los 500 m. está sólo a 3,5 kms. de la costa.

Estas aguas de modestos recursos piscícolas «propios», esquilados, además por unos sistemas de pesca depredadores (redes, trasmallos, explosivos, botellas, etc.) son muy frecuentadas por determinadas especies migratorias, como el bonito, la albacora, la caballa, etc., como han demostrado los estudios que llevó a cabo Carmelo García Cabrera. La explotación racional de estos cardúmenes, con técnicas adecuadas, podría ser un factor de diversificación y mejora de la economía del Valle, absolutamente dependiente del cultivo platanero.

La limitada plataforma continental de esta vertiente de la isla se estrecha hacia el Sur en relación con dos hechos; en primer lugar, con la existencia de islas bajas, las cuales ocupan parte de las plataformas de abrasión situadas al pie de los acantilados; y, en segundo lugar, con la mayor juventud del extremo meridional de La Palma. En muchos puntos de la costa de Fuencaliente la isóbata de los 500 m. está a menos de 1 km. del litoral.

1.7. Las islas bajas o «terrazas» costeras

La línea de costa baja y el acantilado muerto limitan unas estrechas «terrazas» de lava, similares a las que aparecen en otras islas del Archipiélago, como en Tenerife, de donde han tomado el nombre de *islas bajas*, de su comarca homónima. Se originan cuando a una etapa, en la cual la erosión marina se ha impuesto, haciendo retroceder el litoral en un determinado lugar, le sigue un período de intensa actividad eruptiva, durante el que las coladas desbordan el acantilado y se sitúan sobre la plataforma de abrasión. Son, por tanto, un episodio relativamente efímero en la larga «vida» de las islas.

Las dimensiones de estos espacios llanos dependen tanto de la dinámica de los volcanes como de la erosión. Su morfología actual es también el resultado de ambos factores combinados. En el caso de los llanos costeros que bordean el límite occidental del Valle desde la punta de Las Hoyas hasta Los Rodaderos de Fuencaliente, se trata de estrechas cintas que se ensanchan o adelgazan en relación con la curva descrita por el litoral, ya que el acantilado muerto posterior es relativamente rectilíneo. Suponen por ello sólo una porción reducida de la superficie de la comarca. Pero su interés agrícola es muy elevado. Este ámbito insular, abrigado de los vientos de componente este, e incluso del enfriamiento nocturno de las brisas de montaña, recibe un gran número de horas de sol anual y el caldeo suplementario del acantilado, que actúa como acumulador calorífico de las radiaciones de la tarde. Estas condiciones orográficas determinan un microclima especial, de carácter cálido, que es muy apropiado para el desarrollo de los cultivos subtropicales e incluso de algunos cultivos francamente tropicales. En este sentido las experiencias llevadas a cabo en Las Hoyas por un agricultor entusiasta e interesado en el tema, y no por los organismos públicos dedicados a la investigación agrícola, son muy esperanzadores. A pesar de ello esta es una zona casi exclusivamente platanera.

Estas «terrazas» son la prolongación hacia el mar de las coladas más recientes, por lo que se sitúan en la zona más joven de la isla, en la que la red hidrográfica aparece poco o nada organizada. Los barrancos apenas inciden en el terreno y desembocan colgados sobre el acantilado, depositando sobre la *isla baja* materiales variados en los días de avenida. Este hecho tiene una gran importancia para su morfología y para la colonización de las especies vegetales. Los barrancos de Tamanca, Los Hombres, Las Palmas, etc., que funcionan como ramblas durante los días de precipitaciones fuertes, debidas a las borrascas atlánticas, han ido cubriendo las escorias volcánicas de aluviones y quijarros de diverso ta-

maño a partir de Puerto de Naos y en dirección sur. La deposición de los materiales en varios puntos de la «terrazza» ha tendido a dar forma de suave talud que desciende hacia el mar a estos conos de deyección. En la morfología del conjunto influyen también los materiales aportados por los frecuentes desplomes que se producen en muchos sectores del acantilado, los cuales permanecen en parte adosados al mismo, formando auténticos conos de derrubios y en parte son transportados por las torrenteras. De todos modos, el talud aparece igualmente en otros puntos no recubiertos por los materiales de origen continental; en estos casos se relacionan con el origen de las coladas que construyeron o agrandaron las «terrazas».

En general, éstas descienden suavemente del pie del acantilado a la orilla del mar, aunque entre ambos puntos de referencia pueden aparecer pequeñas elevaciones u hondonadas, relacionadas con la dinámica de las coladas o con la configuración del lecho submarino o subaéreo sobre el que éstas se depositaron. El aspecto del conjunto es el de un «mar de lava», en el que las ondas se erizan en multitud de puntas retorcidas y troceadas, las cuales quedan ocultas en determinados sectores por los aluviones y derrubios de los acantilados. De todos modos, el paisaje natural descrito para estas «terrazas» costeras ya forma parte de la historia, puesto que han sido colonizadas casi en su integridad por los cultivos de regadío. Para ello ha sido necesario traer el agua y el suelo de otras zonas de la Isla, con lo cual estos eriales han pasado de no tener ningún interés económico a ser los terrenos más cotizados y mejor pagados de La Palma.

I.8. La hidrografía de la costa del Valle

La mayor parte de las costas del valle de Aridane se sitúan en las tierras más jóvenes de La Palma, lo cual tiene una enorme trascendencia hidrológica. Las zonas volcánicas de construcción continuada y poco antigua no retienen las aguas de infiltración, al carecer en su interior de capas impermeables o semiimpermeables; por ellos pasan a través del edificio insular y se «depositan» en la base del mismo, dando lugar a las llamadas *aguas basales*. Pero éstas arrastran en su descenso todo un conjunto de sustancias más o menos solubles, que existen en los materiales volcánicos, y dan una mala calidad a las aguas. A este factor se une, además el estar en contacto con las aguas del mar.

En todo el sector meridional de La Palma no existen galerías que aprovechen *el agua de capas o de diques*, según la terminología de Hausen, y una gran parte de los pozos que se han abierto tienen unas aguas

de pésima calidad, que las hacen inútiles para la mayoría de los cultivos. Esto ocurre con todos los pozos que se han construidos en el Valle al sur del casco del municipio de Tzacorte, ya sea en el acantilado, practicando un túnel para alejarse del litoral, ya sea en el interior de la comarca. Estos pozos no sólo se han encontrado con aguas malas, sino que su construcción se ha visto dificultada por la existencia de gases tóxicos, que han obligado a instalar sistemas de ventilación. Actualmente sólo se extrae agua de alguno de estos pozos, que se utilizan para el regadío, mezclada con agua de galerías o de nacientes. Pero todos ellos han sido dotados de una infraestructura costosa, que ha quedado en desuso. Esto supone un despilfarro de recursos extraordinario en una zona de la que se conocían de antemano sus limitaciones hidrogeológicas, no sólo por las características del roquero, sino porque existen pozos abandonados por los agricultores desde hace más de una década. Esta irracionalidad económica aparece en la comarca también en otros temas, pero en la captación y distribución del agua alcanza cotas verdaderamente elevadas, como luego veremos. Es como si el deseo de obtener agua en una tierra árida hiciese olvidar los cálculos económicos y las previsiones científicas adversas.

Pero el sector norte de la comarca posee unas condiciones hidrogeológicas mucho más favorables que el sector meridional. En aquél se encuentran los terrenos más antiguos de Valle e incluso de la Isla, puesto que en el fondo de La Caldera aparece el Complejo Basal, roca impermeable que juega un importante papel hidrológico. Por otra parte, también es destacada la función de embalse subterráneo, que desempeñan los sedimentos que se localizan en las proximidades del barranco de Las Angustias y en el Llano de Las Cuevas de El Paso. En este barranco y en el cercano de Tenisca se encuentra la decena de pozos que «produce» más agua de Canarias. Los aluviones no recientes que proceden de la génesis de las calderas de Taburiente y de Las Cuevas tienen una notable capacidad de almacenamiento y un alto índice de cesión, lo cual ha hecho posible que de un solo pozo se hayan estado extrayendo durante largas temporadas cerca de 1.000 m^3 de agua por hora. Estas aguas, de una gran calidad en principio, dadas las características de las rocas del «depósito», se han ido progresivamente deteriorando a causa del exceso de bombeo a que se ha visto sometido este acuífero de reducidas dimensiones. Por este motivo ya se ha dejado de utilizar uno de los pozos de la desembocadura del barranco de las Angustias, porque se ha producido la intrusión marina en el sector costero de la cuenca y se extrae muy poca agua de otros dos situados más al sur. Pero se ha originado también una alta contaminación alcalina en algunos pozos situados en el interior.

Todo ello ha producido cierta alarma entre los agricultores, por lo que las diferentes comunidades de agua se han visto obligadas a reunirse para establecer unos puntos mínimos de restricción de los bombeos de los diferentes pozos. De todos modos, el acuífero continúa descendiendo varios metros por año en el cauce de Las Angustias, mientras que cada invierno se siguen perdiendo en el mar muchos millones de m.³ de agua de lluvia a través de este barranco. La construcción de una presa en La Caldera, o en el propio cauce de Las Angustias, plantea, al parecer, una serie de problemas técnicos, entre los cuales el más importante es el de la excesiva erosión de los suelos del Parque, lo que ocasionaría su aterramiento en un corto periodo de tiempo; pero esta dificultad es probable que se pudiera salvar mediante repoblación forestal y pequeños diques de contención en los barrancos que aportan más aluviones. Pero el verdadero impedimento de la presa parece ser la presión política que ejercen los dueños de las Haciendas de Argual y Tzacorte, es decir, los que detentan la propiedad de las aguas de la caldera de Taburiente. El aprovechamiento de sus aguas de escorrentía, la generalización de sistemas de riego economizadores de agua y la progresiva sustitución de al menos una parte del platanar por otros cultivos que consumen menos agua, son cometidos que es preciso llevar a cabo en esta comarca y que no pueden esperar mucho tiempo.

La construcción de pozos, sobre todo en la década de los setenta, ha hecho posible que se extienda el regadío en el valle de Aridane, principalmente a las zonas de costa, antaño eriales y malpaisés. El progresivo aumento de los caudales disponibles fué alargando los canales hacia el sur, los cuales elevaron a su paso los precios del suelo y suscitaron multitud de litigios para dilucidar su propiedad. Los terrenos carentes en la práctica de valor con anterioridad, se hacen apetecibles al llegar el agua y poderse transformar en huertas de plátanos. Los títulos de propiedad de muchos de sus teóricos usufructuarios se habían extraviado o nunca habían existido, en algunos casos, y en otros eran bastante imprecisos, por lo que no se pudieron evitar los conflictos. En la resolución de los mismos contó a veces más el poder económico y político de uno de los litigiantes que la justicia. Esta lucha por la propiedad de la tierra es un aspecto muy interesante de la reciente historia rural de La Palma, en la que han intervenido fuerzas ajenas a los intereses agrarios tradicionales, como abogados, notarios, médicos, etc., lo cual es significativo del peso social que tiene el campo en la vida insular.

Los canales que desplazan el regadío hacia el sur atraviesan el acantilado para llegar a las «terrazas» costeras. Han sido construidos por la iniciativa privada y se han invertido también recursos públicos, proce-

dentes del INC-IRYDA. La ejecución de estas conducciones, imprescindibles para la humanización de la costa, ha significado un despilfarro, ya que se han multiplicado innecesariamente las acequias. Por otra parte, registran unas pérdidas importantes y están dominadas por algunos accionistas mayoritarios. Pero este control va más allá del que representa el paso del agua por el canal. Se trata de un verdadero control económico, que ha dejado de ejercerse mediante la fórmula tradicional de la venta del agua exclusivamente. Veamos.

Los grandes vendedores de agua son poco numerosos en el Valle, pero éstos detentan la propiedad de un volúmen relativamente elevado de *derechos* en varios pozos, e incluso son los dueños absolutos de algunos de ellos. El caso más llamativo es el de una familia que posee, además de los pozos, la propiedad de la mayoría de las acciones de los canales más importantes y es exportadora-importadora de productos agrarios, lo que significa que tiene empaquetados de plátanos y vende a los agricultores los productos químicos que éstos necesitan. Hasta aquí todo parece correcto; pero es que los campesinos que les compran agua han de llevar los plátanos a sus almacenes, lo que conlleva que han de comprar en los mismos los abonos e insecticidas que necesitan. Por otra parte, los plátanos manipulados por los exportadores no se pagan en teoría a los productores hasta un mes después de haberlos recibido; sin embargo, y en la práctica, muchos agricultores no realizan balance de sus cuentas en el empaquetado más de una o dos veces al año; entretanto van tomando los productos químicos y abonos que van precisando y algunas cantidades a cuenta de sus posibles beneficios. Con ello el exportador dispone de un capital importante por el que no paga intereses ni impuestos.

Pero además, es que incluso los propietarios de acciones de agua que no poseen acciones en los canales, han de dejar éstas en manos de la empresa familiar mencionada para que se las *conduzca*, mediante su propio servicio de reparto, a las fincas. Este transporte, que no está libre de pérdidas, requiere como pago el llevar la fruta al empaquetado del exportador. Por otra parte, los campesinos que poseen acciones en los canales han de hacer exactamente lo mismo, puesto que no es sencillo controlar el paso del agua en todo el trayecto de las acequias, si no se dispone de una infraestructura de personal suficiente.

Así, esta familia exportadora dispone de un volúmen de agua mucho mayor que el suyo propio, con lo que realiza un dominio indirecto sobre un sector importante de la economía del Valle, controlando su distribución a través de las acequias y exportando la producción de las fin-

cas que riega. Se trata de una forma de poder mucho más «moderna» que la que imponía el cacique clásico, pero que es tanto o más efectiva que la de éste.

II. EL PAPEL DE LA COSTA EN UNA COMARCA AGRÍCOLA

La costa es el lugar de conexión de la isla con el exterior, la puerta de salida y llegada de productos y viajeros y el soporte natural de las actividades marineras. Pero la costa es también un límite, el término de territorio que el mar separa. En el caso del valle de Aridane el litoral ha contribuido más al aislamiento de la comarca que a su relación con el mundo exterior y en su ámbito se han asentado casi exclusivamente las actividades agrícolas, tanto en el pasado como en la actualidad.

II.1. La costa y los asentamientos tradicionales

La Palma se conecta mal con el mar y este hecho fué ya decisivo desde el momento mismo de los primeros asentamientos humanos, los prehistóricos; estos primitivos pobladores debían estar en posesión de rudimentos suficientes de navegación para cubrir el trayecto que separa las islas del continente africano, pero los debieron olvidar en unas pocas generaciones ante las dificultades que presentaban el mar y las costas. Por ello no existieron los contactos habituales entre islas próximas ni la pesca de bajura. El mar se convirtió en algo extraño, y a veces lejano, para unos hombres que acabaron refugiándose en el pastoreo y en una agricultura pobre, sistema que no permitió un notable crecimiento demográfico.

Pero la historia que siguió a la colonización castellana no ha sido esencialmente distinta en relación con las actividades marítimas. Las huestes de Alonso Fernández de Lugo desembarcaron en La Palma por el lugar que ofrecía mejores condiciones, tanto de abrigo como de accesibilidad al interior: la desembocadura del barranco de Las Angustias. Se trata de la única puerta abierta en la «muralla» oeste de la isla. Los barrancos que aparecen al sur de El Roque desembocan colgados en el acantilado, y los taludes de lavas que suavizan la verticalidad de éste no poseen a sus pies, en las «terrazas» costeras, radas protegidas para el fondeo.

Las dificultades para navegar por estas aguas debieron hacerse pronto evidentes a los colonos asentados tras la incorporación de la Isla a la

corona de Castilla, máxime teniendo en cuenta que se trataba en la mayor parte de los casos de agricultores. Ambos hechos, el carácter árido de casi toda la costa y el peligro que suponía la piratería explican el asentamiento tradicional de los habitantes en el interior de la comarca. El núcleo de Tazacorte, creado tras la conquista para la explotación de la caña de azúcar, era la única entidad de población situada en la zona baja del Valle; pero éste se encuentra a unos 2 Kms. de la línea de costa, en la que existe un acantilado. En la desembocadura del barranco de Tenisca, que constituye el único acceso desde el mar al núcleo, se construye una pequeña fortificación para organizar su defensa.

La situación creada tras la conquista debió prolongarse, a grandes rasgos, durante siglos, y la ensenada que constituye la desembocadura del barranco de Las Angustias continuó siendo la bahía que hacía posible el contacto exterior que exigieron los diferentes cultivos dedicados a la exportación, y las costas no pasaron de ser un lugar de pastoreo, puesto que los cultivos de secano que se situaron en las mismas se encontraban muy localizados, debido a la escasez de suelos y a la aridez. El regadío sólo ocupó una superficie reducida en las cercanías del casco de Tazacorte, una vez que se canalizaron las aguas de La Caldera. Esta agricultura contribuyó con sus productos a los diferentes «ciclos» de la economía canaria.

Por todo ello, el poblamiento de la zona costera ha sido muy escaso, si exceptuamos el caso de Tazacorte, y los núcleos cercanos al litoral casi inexistentes. El propio lugar de El Puerto no debía ser más que un simple embarcadero, en el que residían unos pocos pescadores hasta prácticamente las primeras décadas de este siglo. El emplazamiento de este núcleo unía a su imposible defensa frente a la piratería tradicional, el estar situado en el cauce de un barranco sujeto a grandes avenidas en invierno, que ponían en peligro sus edificios y lo aislaban de la margen izquierda, por donde comunica con Tazacorte. Además, la bahía queda desamparada ante los temporales del Atlántico que traen las lluvias. El habitat troglodita de El Time, en la actualidad prácticamente abandonado, tenía, como es lógico suponer, razones económicas, pero también era un refugio de las inundaciones de la zona baja.

De este modo, la relación establecida con el exterior a través de El Puerto de Tazacorte era muy pequeña, ya que sólo un porcentaje muy reducido de la población activa del Valle vivían de la agricultura dedicada a la exportación. Por otra parte, el volúmen de captura de los primitivos pescadores del lugar a duras penas debían llegar a cubrir el autoconsumo familiar. Por ello, el interior de la comarca tiene una escasa comunicación con el modesto embarcadero de la desembocadura del barranco de Las Angustias.

En las primeras décadas de este siglo, la instalación de la compañía inglesa Fyffes en Tazacorte dá un cierto impulso a El Puerto, que se acondiciona para exportar la producción platanera, fomentada por esta sociedad. Como consecuencia de ello se llevan a cabo algunas mejoras en el antiguo embarcadero: se construyen un pequeño dique de abrigo abierto al sur y suroeste, un «pescante» para transportar la carga desde tierra hasta los barcos fondeados, algunos almacenes portuarios, etc.. El tráfico de productos agrarios y de mercancías que se origina con las nuevas instalaciones crea una cierta demanda de mano de obra, con lo que la población de El Puerto aumenta.

El desarrollo de las plantaciones de plátanos en la comarca fué posible por las mejoras introducidas en las canalizaciones de agua y por la existencia de suelos adecuados. El mayor aprovechamiento de las aguas de los nacientes de la Caldera lleva a extender la superficie del regadío. Zonas que habían estado ocupadas hasta entonces por cultivos de secano, como Marina, se siembran de plátanos. En la mejora de las conducciones de agua intervienen el cemento y el hierro, dos productos de la Revolución Industrial que introducen los ingleses en la Isla.

La expansión del nuevo cultivo llevada a cabo o propiciada por la compañía Fyffes, que arrienda las tierras por largos períodos y las rotura para la plantación, tienen una enorme importancia para el futuro de la economía del Valle e incluso para toda la isla. Sin embargo, el papel del pequeño puerto de Tazacorte, revitalizado por las exportaciones agrícolas (plátanos y tomates, fundamentalmente) y por la importación de productos elaborados, nunca llegó a ser tan destacado como entonces en la economía de la comarca. Con la retirada de los ingleses en las vísperas de la Guerra Civil, la construcción de la carretera del Valle a Santa Cruz de La Palma y la mejora del dique de atraque de la capital insular, que se convierte en puerto de La Palma, El Puerto de Tazacorte recobra su antigua función de aldea de pescadores. Pero siguió albergando a un cierto proletariado agrícola procedente de Tazacorte o Tifarfe, el cual carecía de un lugar mejor donde ubicar su vivienda fuera del cauce del barranco (marginación social).

Los restantes asentamientos costeros son de creación posterior al de El Puerto y tienen su origen en la pesca o el pastoreo. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de La Costa, Puerto de Naos, El Remo, etc.. Unas pocas familias vivían con sus rebaños de cabras en La Costa y El Remo, sobre grandes superficies de malpais, eriales o suelos pobres para la agricultura de secano que completaba su alimentación. Era corriente la práctica de la trashumancia de la costa a la cumbre de la Isla, una vez que los pastos de la zona baja se habían agotado, o durante casi todo el año en los períodos de sequía. Este hecho daba a los asentamientos de

población un carácter poco permanente. La relación de estos habitantes con el mar era mínima y en muchos casos se reducía a la pesca litoral y a la recolección de mariscos.

El asentamiento de Puerto de Naos, más reciente que los anteriores, tiene su origen en la pesca. En cambio, El Charco Verde no tuvo población permanente, ya que la gente acudía a esta pequeña playa por las aguas medicinales de varios pozos que existen en el contacto del malpaís y la arena y grava depositada por el mar. Las virtudes curativas de estas aguas, hoy prácticamente en el olvido, eran conocidas desde antiguo, lo cual llevó a la construcción de varios aposentos de piedra para albergar a los pacientes que venían a realizar las curas de agua.

El panorama descrito permanece casi inalterable hasta el final de la década de los cuarenta, cuando comienzan a producirse algunos cambios en la ocupación de las zonas costeras de la comarca. El papel de la costa como medio que conecta el Valle con el exterior o que origina riqueza por mediación de la pesca ha sido muy reducido y sólo ha afectado marginalmente a la economía de esta vertiente de La Palma. Por ello han tenido un escaso desarrollo los núcleos costeros de población hasta los años sesenta y la ocupación humana de la zona situada por debajo de los 200 m. de altitud ha sido igualmente escasa con anterioridad a la mencionada década. El mar ha sido más un límite del territorio que una posibilidad de relación con el exterior. De todos modos, los cambios recientes que se han producido en la comarca han modificado muy poco la situación tradicional.

II.2. La transformación reciente de la costa

La difícil situación creada en los mercados peninsulares y europeos por la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial y por el posterior bloque internacional al régimen franquista lleva a reducir la superficie dedicada al plátano en Canarias y a sustituir una parte de la misma por cultivos dedicados al abastecimiento familiar y del mercado interior. El retroceso del platanar se observa también en el Valle, donde los cultivos ordinarios no sólo ocupan las tierras dejadas por aquél, sino que incluso lo invaden formando un policultivo, que en algunas zonas se mantuvo hasta los años sesenta.

Pero desde los primeros años cincuenta se inician algunos cambios en la comarca, los cuales tienen su expresión más visible en la costa: los cultivos de plátanos se extienden por el espacio árido que antes había ocupado el pastoreo, algunos cultivos de secano muy localizados o sim-

plemente los malpaises. De este modo, la superficie dedicada en el Valle al regadío pasa de unas 500 has. en la década de los cincuenta a 2.100 has. una treintena de años más tarde. Al mismo tiempo crecen los núcleos de población existentes, se crean otros nuevos e incluso se origina un cierto poblamiento disperso. La base de estos cambios está principalmente en los créditos de INC-IRYDA a la agricultura y en los capitales de los emigrantes. En la difusión de los primeros han tenido un importante papel algunas personas, que además de cumplimentar los impresos a los interesados, llevaron a cabo una labor de información y de propaganda. De todos modos, esta considerable expansión del plátano ha sido posible por el crecimiento del mercado nacional del plátano, debido no sólo al crecimiento de la población, sino principalmente al aumento del poder adquisitivo de los españoles. Este incremento del consumo nacional ha sido paralelo a la pérdida de los mercados europeos, que han terminado por abastecerse de plátanos de las Antillas, Centroamericana o el Golfo de Guinea, más baratos entonces que los producidos por Canarias. Ante esta «invasión» de bananas de las zonas tropicales, el mercado nacional se ha reservado para el plátano del Archipiélago. Esta situación abrió una nueva perspectiva para el cultivo. Los precios alcanzados durante algunos años, el exceso de circulación monetaria derivada de los envíos de la emigración y la carencia de sectores productivos ajenos al plátano, llevaron a realizar hasta las más dudosas inversiones. Pero la carencia de planificación agraria ha hecho que el cultivo sobrepasase la superficie óptima, dado el tamaño del mercado español y las escasas expectativas del crecimiento del mismo, por lo que se han producido ya crisis de «sobreproducción» en los primeros años ochenta. Ha sido preciso que se llegase a esta penosa situación para que el IRYDA decidiera cancelar la concesión de créditos destinados a la puesta en producción de plataneras. Pero ésta ha sido la única restricción que ha sufrido hasta ahora la extensión de cultivo, por lo que no se ha detenido, incluso recurriendo al procedimiento de desviar ayudas oficiales destinadas, en principio, a la promoción de otras especies agrícolas, como el aguacate. Como consecuencia de la situación creada y debido al consumo «escandaloso» de agua que ocasiona el plátano, se han instaurado una serie de ayudas oficiales para la instalación de sistemas de riego economizadores de agua o para reconvertir el llamado sector plantanero; pero las alternativas que se ofrecen al mismo no han logrado grandes entusiasmos por parte de los agricultores, que no ven con claridad que hacer con la producción de los nuevos cultivos propuestos.

Algunos factores de carácter local también han sido muy importantes para explicar la difusión del plátano en el valle de Aridane. Aparte

de las remesas de divisas de los emigrantes, hay que señalar la existencia de unas condiciones climáticas óptimas para el desarrollo del cultivo, la existencia de suelos de calidad, *in situ* o aportados, el incremento del caudal de agua disponible mediante la construcción de pozos fundamentales y la presencia de unos agricultores emprendedores y con cierta preparación técnica.

Los créditos oficiales y la creación de comunidades de agua hacen posible la apertura de pozos y galerías, con lo cual aumenta el caudal disponible. Al mismo tiempo se construyeron una serie de canales que cruzan el Valle a diferentes niveles y han hecho posibles la extensión del regadío hacia el Este y hacia el Sur. Pero la explotación irracional de un acuífero de modestas dimensiones como es el insular ha originado ya infinidad de problemas, a los que prácticamente no se les ha hecho frente, con lo cual el peligro de agotamiento de las «reservas» subterráneas y de intrusión marina es patente.

Por otra parte, a los factores apuntados para explicar las transformaciones que se han producido en el Valle habría que añadir otros de tipo social y económico, como el carácter de riqueza que adquiere la propiedad del suelo, es decir, su valor social, la generación de hábitos y niveles de consumo que no se corresponden con el grado de desarrollo alcanzado por la comarca, etc.. Sin embargo, lo más importante es destacar el alcance de los cambios que se han producido. En un período de unos treinta años se ha pasado de una costa casi vacía, árida y seca, que recorrían los pastores, a una costa cultivada, productiva, que alberga una mínima población diseminada en relación con las tareas agrícolas y a unos núcleos de población concentrada, que tienen su origen en el verano y en la actividad pesquera, pero que se han convertido, en buena medida, en lugares en los que residen muchos asalariados agrícolas, que no han encontrado una vivienda mejor. El paisaje ha cambiado sustancialmente en todos sus aspectos. Con anterioridad a los años cincuenta la agricultura dedicada a la exportación afectaba sólo a las zonas de Tazacorte y Argual y en aquella no trabajaba más que una pequeña parte de la población activa de la comarca. El resto de la misma era improductivo o estaba ocupado por los cultivos ordinarios, los cuales por su baja productividad requerían el trabajo de la mayor parte de los agricultores para no siempre asegurar el sustento de toda la población.

En la actualidad, el «monocultivo» de exportación ocupa prácticamente toda la zona baja del Valle, la comprendida entre el nivel del mar y los 300 m., aunque en el sector Norte de la comarca el platanar, que va siendo sustituido de modo progresivo por los aguacates, alcanza los 400 m. y en el sector meridional, al sur del barranco de Los Hombres,

no supere los 100 m.. Por el contrario, los cultivos destinados al abastecimiento de la población se han reducido extraordinariamente y han sufrido un proceso de adaptación. En la práctica han desaparecido los cereales y las leguminosas de secano, han disminuido los frutales, la vid y las superficies dedicadas a papas y boniatos. Pero las hortalizas han pasado del secano al regadío y subsisten, no sólo como cultivo especializado para el mercado insular, en las huertas que rodean las viviendas diseminadas. El agua de las galerías ha sido fundamental en la generalización de esta práctica, propia de una agricultura de pequeños y medianos propietarios.

La extensión del plátano a toda la zona baja de la comarca no ha tenido otra relación con la costa que la de su localización, que beneficia al cultivo por sus condiciones climáticas favorables, puesto que no ocurre como en el primer tercio del Siglo XX, cuando la producción platanera se exportaba a través de El Puerto de Tazacorte. Sin embargo, la extensión de estas plantaciones ha tenido repercusiones no sólo en la economía del Valle, sino también en el asentamiento de la población, que se ha modificado perceptiblemente, creándose nuevas entidades en la costa e incrementándose las ya existentes, y estos acontecimientos sí tienen alguna conexión con el espacio litoral.

II.3. El crecimiento de los núcleos costeros tradicionales

En los primeros años cincuenta sólo existían en la comarca dos núcleos litorales que albergaban población de modo permanente: El Puerto de Tazacorte y Puerto de Naos. En El Remo no residía durante todo el año más que una familia de pastores, si bien el número de habitantes aumentaba en el estío con la llegada de algunos veraneantes. La playa de El Charco Verde, situada en una pequeña cala de aguas limpias y arenas finas que protege un «roque», no tenía población permanente, pero recibía la visita frecuente de pacientes que buscaban las virtudes curativas de las aguas medicinales de sus pozos.

Las entidades de El Puerto de Tazacorte y Puerto de Naos, poco populosas según el nomenclator de 1.950, experimentan un importante crecimiento demográfico en la última treintena de años, como consecuencia de los cambios que se han producido en la economía del Valle. De todos modos, las causas que han influido en el incremento de la población de ambos núcleos difieren más o menos significativamente.

El Puerto de Tzacorte permaneció estancado tras la pérdida de su función de puerto del Valle. Su desamparo frente a las avenidas del barranco de Las Angustias, que aislaban el núcleo a veces durante semanas del casco del municipio, influyó negativamente en su crecimiento durante décadas. En 1950 este núcleo cuenta con 453 habitantes que residen en sólo 49 viviendas, según el nomenclator, lo que representa una media de ocupación de 9,2 personas por vivienda, es decir, un alto grado de hacinamiento. En muchos casos varias familias residen en una misma vivienda y el número de hijos por familia es elevado. Además el tamaño de las viviendas es reducido y una parte de éstas son cuevas localizadas en el acantilado de El Time. Esta situación, verdaderamente dramática para algunas familias, es la que impulsó a la Administración a construir en 1959 la barriada de San Miguel, constituida por 90 viviendas, que viene a paliar, sólo en parte, el agudo problema de la escasez de vivienda. Casi al mismo tiempo se levanta un muro que protege a El Puerto de las crecidas del barranco, pero no se construye un puente para atravesar el cauce en los días de avenida, con lo cual la marginación tradicional del núcleo continuaba existiendo. Durante esos períodos la comunicación del exterior era sólo peatonal y se realizaba a través de un estrecho puente de madera, que a veces la riada ponía en peligro, o siguiendo el empinado y sinuoso camino de herradura de El Time. En algunas ocasiones la riada logró derribar el frágil puente y el traslado de enfermos, e incluso un cadáver, se llevó a cabo a hombros de personas que cruzaban la arroyada. Este suceso saltó a la prensa nacional a final de los años sesenta. A pesar de ello, no se construyó un puente que salvase el barranco hasta bien entrada la década siguiente.

La población de El Puerto ha aumentado de un modo extraordinario en estos últimos treinta años, debido a su alta tasa de natalidad, característica de los barrios marginados y pobres. En 1981 residen en el núcleo 1.447 habitantes, un millar más que en 1950, lo cual supone una tasa media de crecimiento acumulado de 3,9 por ciento anual entre ambas fechas; en el mismo período el índice regional no ha sobrepasado el 2 por ciento anual. En la actualidad el problema de la vivienda sigue existiendo, a pesar de la construcción de la barriada de Taburiente, de 117 viviendas; pero, en general, las condiciones higienicosanitarias, tanto de éstas como de las restantes, han mejorado mucho, aunque no ha desaparecido del todo el hacinamiento tradicional, ya que, según el nomenclator de 1981, existen 285 viviendas en las que habitan 337 familias, es decir, unas 5,1 personas por vivienda.

La población de El Puerto trabaja principalmente en la agricultura y en los empaquetados de plátanos situados en Tzacorte y en Los Llanos. Sólo una parte pequeña de los activos está relacionada con la pesca;

la terminación del dique de abrigo del refugio pesquero en 1981 no parece haber influido en el sector, que continúa con sus pequeños barcos de madera y sus técnicas artesanales. La carencia de una infraestructura técnica adecuada en el puerto, y lo que es peor, de iniciativas para modernizar el sector, hace prácticamente inútil una obra que ha costado cientos de millones de pesetas. Este hecho pone de manifiesto una vez más que los proyectos de desarrollo de un sector han de ser totales y han de tener en cuenta los factores económicos y sociales de la zona en que se enclavan. De lo contrario están llamados al fracaso. Así el dique ha servido más como refugio de los barcos pesqueros foráneos de otras islas y peninsulares y de las embarcaciones deportivas y de los domingueros, que de incentivo para el crecimiento y modernización del sector pesquero local. La actividad de la flota con base en este pequeño puerto se reduce a la captura de especies para vender en fresco en el Valle y de túnidos para congelar y exportar, puesto que en la isla no existen fábricas de conservas de pescado.

Por todo ello, el importante crecimiento que ha registrado la población de El Puerto se debe, en gran medida, a que ha asumido una buena parte del incremento demográfico del casco de Tazacorte, ya que en esta entidad la construcción de viviendas ha tropezado con el inconveniente de los altos precios que alcanzan los suelos agrícolas que la rodean, e incluso con la estructura de la propiedad, que se concentra al oeste del núcleo. Estos factores han impedido el crecimiento espacial de Tazacorte, cuyos habitantes han tenido que construir sus viviendas en Los Llanos, por no existir solares disponibles en torno a la «capital» del municipio costero. Es éste uno de los únicos lugares de Canarias donde el uso urbano del suelo no ha logrado imponerse sobre el suelo agrario. En cambio, en El Puerto, una vez canalizado el barranco de Las Angustias, el Ayuntamiento ha dispuesto de una manera gratuita de una buena superficie de suelo llano, que no presenta ningún inconveniente para su urbanización. Por ello, de las tres barriadas de construcción oficial que se han llevado a cabo en el término de Tazacorte, dos se localizan en El Puerto, a pesar de que el problema de escasez de viviendas ha sido también grave en el casco del municipio. Por otra parte, aunque la pequeña entidad de pescadores ha visto mejorar su servicios en la última década (el Instituto Social de la Marina ha construido una Casa del Mar, en la que existe asistencia médica ambulatoria, el Ayuntamiento ha remozado la barriada de San Miguel, muy deteriorada debido a la mala calidad de su construcción y ha asfaltado la mayor parte de las calles, etc.), sin embargo, aún subsisten muchos de los rasgos de marginación social del pasado: El Puerto conserva el índice de analfabetismo más elevado del municipio de Tazacorte.

El Puerto adquiere la función de playa y lugar de veraneo del municipio en la década de los sesenta. En la estación estival, gran número de familias del casco de Tazacorte instalaban su típica «chabola» de badanas (hojas de plátanos secas) o de cartón-piedra sobre unos basamentos de hormigón, construidos en el litoral mismo. Durante esta estación dominan los alisios en el Archipiélago, por lo que la costa del Valle es una zona de abrigo. En septiembre aumenta el riesgo de precipitaciones y el oleaje tiende a aumentar, después de sus famosas *calmas*; por ello en este mes las casetas se levantaban y se guardaban hasta el verano siguiente, si eran de materiales con cierta resistencia. Esta función tenía escasas repercusiones sobre el espacio litoral e incluso sobre la economía del lugar, que sólo se beneficiaba de la instalación de algunos kioscos de los que se saborea el pescado frito con mojo picón y las papas «arrugadas». Pero las obras del refugio pesquero han imposibilitado la instalación de las «chabolas» desde mediados de la década de los sesenta. Sin embargo, una vez que éstas han concluido, no se han vuelto a instalar. Las casetas del veraneo se han trasladado durante ese período a otros puntos del litoral de la comarca, situados más al sur y en El Puerto no se han construido bloques de apartamentos como, por ejemplo, en Puerto de Naos. Ello es una consecuencia de las características socioeconómicas del municipio de Tazacorte, constituido principalmente por asalariados del plátano o de los servicios. En la actualidad, de esa función de veraneo sólo se conservan los kioscos.

Puerto de Naos es un núcleo litoral que tiene su origen en la pesca, aunque esta actividad ha tenido una importancia mucho menor que en El Puerto de Tazacorte. Aún actualmente el número de activos que trabajan sólo en la pesca es muy escaso. La mayoría de las embarcaciones que tienen su «base» en esta pequeña ensenada se utilizan para la pesca de entretenimiento, de fin de semana o incluso deportiva. Este carácter de espacio del ocio de las clases medias de Los Llanos es el responsable de su destacado desarrollo espacial en las tres últimas décadas y lo que lo diferencia del otro núcleo costero tradicional. De todos modos, la mayor parte de la población que reside de manera permanente en Puerto de Naos son asalariados agrícolas, por lo que la extensión del plátano a las «terrazas» litorales próximas es la causa de la multiplicación de sus habitantes entre 1950 y 1981. El nomenclator señala para la primera fecha una población de 104 personas, y para la segunda de 355 habitantes. Pero mientras que en 1950 sólo existían en el núcleo 54 viviendas, 30 años más tarde éstas ascienden a 491. Ello se debe a que en Puerto de Naos se ha desarrollado extraordinariamente la función residencial. El lugar se ha convertido en la playa de veraneo de la «burguesía» agraria y

las clases medias de los Llanos, que han visto mejorar su nivel de vida con la expansión del plátano y el incremento de la actividad comercial y los servicios en el casco del municipio. El nacimiento de aquella función hay que situarlo en los años cincuenta, o quizá algo antes, cuando alguno de los medianos propietarios del Valle construyeron su segunda residencia junto a la playa mejor de la Isla para veranear. Estos edificios primeros reflejan las pretensiones «aristocráticas» de aquella «burguesía» agraria. Lejos de éstas, las clases bajas construían cada año, con materiales ligeros, su hábitat veraniego.

Pero los cambios económicos producidos en la comarca a partir de los años cincuenta y la extensión de los cultivos de plátanos a la zona cercana a Puerto de Naos comienzan a influir enseguida en su incipiente tejido urbano: el aumento de los puestos de trabajo en la zona ocasiona la autoconstrucción de viviendas por parte de los trabajadores. De todos modos, éste es un fenómeno a pequeña escala y que no tiene, por tanto, las repercusiones espaciales negativas que ocasiona la edificación de bloques de apartamentos en los años sesenta, pero sobre todo en la década de los setenta. La carencia de un plan general de ordenación urbana para el núcleo en los primeros años señaladas y el carácter permisivo de la normativa aprobada con posterioridad acerca de la volumetría de las construcciones han hecho que Puerto de Naos se llene de bloques de viviendas y de apartamentos de 5 y más plantas, que dejan entre sí calles estrechas. La especulación sobre el suelo hizo que las edificaciones ocuparan prácticamente todo el espacio, de modo que no existen plazas ni zonas abiertas entre ellas. En los últimos años se ha iniciado la urbanización del litoral, en el que se ha comenzado canalizando la desembocadura conjunta de los barrancos de Tamánca y de Los Hombres; pero se ha abandonado antes de concluirse una parte de las obras. Otro problema diferente es el de la estética de las construcciones, que no son más que «cajones», con balcones de aluminio y cristales de colores, la mayor parte de los cuales están sin enfoscar y sin pintar.

A pesar de ello, cada estío, Puerto de Naos se llena de veraneantes del Valle, no sólo de las clases más altas, sino incluso de las clases medias y bajas, para los que el hecho de residir unas semanas en la playa es cuestión de prestigio social, aparte de la expresión del poder económico. Se trata, por tanto, de un centro de veraneo acorde con las condiciones socioeconómicas de la comarca, que exagera gráficamente todas sus contradicciones.

II.4. Los núcleos litorales de creación reciente

La Playa Nueva o del Volcán, La Bombilla, El Charco Verde y El Remo son pequeños núcleos de población concentrada, que han nacido junto al litoral en relación con la extensión del cultivo de plátanos a las «terrazas» conteras y con el veraneo de las clases modestas. El poblamiento disperso es prácticamente inexistente en toda el área de cultivos de regadío. La mayoría de los propietarios y trabajadores de estas fincas residen en los asentamientos de población tradicionales y se desplazan diariamente a las mismas en sus automóviles particulares. El parque automovilístico de la comarca se ha incrementado de manera espectacular en las últimas décadas, como consecuencia de la mejora del nivel de vida que ha posibilitado el desarrollo agrario.

Cuando comienza la transformación a gran escala de los malpais y eriales de la costa en los campos de cultivo, en la década de los sesenta, la necesidad de mano de obra no cualificada aumenta de tal modo que la oferta de trabajadores del Valle se hace insuficiente, por lo que para cubrir esa demanda llegan inmigrantes de las restantes islas del Archipiélago, fundamentalmente de las orientales. Por otra parte, muchos de los asalariados agrícolas o pequeños propietarios de La Palma, prefieren emprender el camino de la emigración antes que trabajar en la roturación y preparación de terrenos para cultivarlos de plátanos.

Son los trabajadores de los eriales los que, buscando un lugar donde vivir, cercano al trabajo, crearon nuevos núcleos de población e incrementaron algunos de los que ya existían. De ahí sus características principales: construcciones de materiales ligeros y pobres, sin ningún tipo de ordenación, localizados en los lugares que no podían ser utilizados por el plátano debido a su cercanía al litoral. Se trata del chabolismo que crea el *boom* platanero, de donde se derivan sus rasgos de marginación.

Cuando se pone en cultivo toda la zona baja, estos trabajadores ocasionales de la construcción vuelven a ejercer su profesión tradicional, la de agricultores. Algunos incluso continúan residiendo en la misma vivienda autoconstruida, después de haber realizado en ella alguna reforma. Estos asalariados agrícolas constituyen la única población permanente de entidades como La Bombilla o El Remo, que en las últimas décadas han visto sustituir sus «chabolas» de badanas o cartón-piedra, destinadas en su origen al veraneo de las clases populares, por viviendas de bloques. Asimismo en estos núcleos se han instalado el agua corriente y la electricidad, lo que indudablemente ha significado una mejora, pero su aspecto de suburbio no ha desaparecido, aunque no sea esa su significación socioeconómica principal, ya que la mayor parte de sus construc-

ciones son «residencias» de verano o de fin de semana de las clases populares, un remedo o sucedáneo de apartamentos, para los que no han podido adquirir uno en Puerto de Naos. En los núcleos en los que no hay en la práctica población permanente, como en la Playa Nueva de Tazacorte, la Playa Nueva del Volcán o de Los Guirres y El Charco Verde, las viviendas de bloques de cemento son aún poco numerosas y carecen de agua corriente y luz eléctrica, salvo la Playa Nueva de Tazacorte, que posee ambos servicios, y la Playa de Los Guirres que sólo posee agua corriente.

Todas estas entidades están situadas junto a alguna playa, ya que la función de segunda residencia es su principal razón de ser. En la última década han crecido de manera destacada, debido al mayor nivel de vida que ha afectado a todos los estamentos sociales de la comarca y a la prohibición de instalar las casetas de veraneo en El Puerto de Tazacorte. Las «chabolas», levantadas en terrenos de la Marina o privados, que han sido apropiados por sus moradores, lo que ha creado algunos problemas jurídicos, conservan todos los rasgos de las construcciones marginadas socialmente: autoconstrucción y pésima calidad de las viviendas, desorganización urbana, carencia de infraestructura de calles, etc.. Dada la superficie limitada en la que se han ubicado, con el paso del tiempo se ha ido produciendo una densificación progresiva de las construcciones, ya que las entidades han nacido y se han desarrollado al margen de cualquier normativa legal. Esta ocupación indiscriminada del litoral, fuera de toda planificación del uso del espacio, crea multitud de problemas de degradación y destrucción del territorio, lo que hipoteca su utilización futura. De todos modos, el litoral del Valle, y de toda la isla en general, no registra ni de lejos el grado de deterioro que soportan muchas zonas costeras de Tenerife y Gran Canaria, que constituyen una sucesión de residencias secundarias de pésima calidad. Ello se debe tal vez a la menor presión demográfica que comporta La Palma, al escaso desarrollo de la población urbana de esta isla y al carácter poco agresivo de su sistema productivo, basado casi exclusivamente en el cultivo del plátano.

CONCLUSIONES

En el valle de Aridane el uso del espacio litoral parece estar más determinado por el sistema económico de base agraria que se ha instalado en la comarca que por las actividades relacionadas con el mar, como la pesca, a pesar de las posibilidades de desarrollo que este sector ofrece, sobre todo después de la construcción del refugio pesquero de El Puerto de Tazacorte. La ocupación reciente de la costa es el reflejo de aquel sis-

tema, puesto que el reparto de las actividades y de la población en el territorio no responde al azar, sino a los intereses económicos en juego. Lo que ocurre es que éstos no siempre son acordes con la explotación racional de los recursos naturales existentes, lo que puede significar una seria hipoteca de cara al desarrollo futuro del Valle y de la Isla de La Palma.

